

sensible y se van suprimiendo las devociones autorizadas por la Iglesia y consagradas por la piedad de los pueblos. La orgullosa razón humana bate las palmas y se sonríe al ir pensando todo en las frias y engañosas balanzas del raciocinio, y entretanto el corazón se va desecando, la llama del sentimiento se estingue, y un soplo glacial, el hábito de la muerte, apaga el divino fuego que en las almas verdaderamente cristianas inspiraba una Religión enteramente de amor.

Casi todas las ciudades de Francia, París particularmente, estaban llenas de clérigos sin funciones, entregados á la disipación de las sociedades más mundanas, y aun muchos á desórdenes que llenaban de vergüenza al clero. Cuando los que deberían dar el ejemplo de todas las virtudes no dan más que el del vicio; cuando el escándalo sale del mismo santuario, semejante á un espantoso contagio todo lo invade, todo lo destruye, todo lo corrompe. ¡Infelices entonces los pueblos! Pero más infelices aun los culpables ministros por quienes viene el escándalo. «Mucho más les valiera, dice la Sabiduría eterna, haber sido precipitados al fondo del mar con una piedra de molino al cuello.»

Hay que advertir (pues debemos indicar el origen de estos males) que por lo general no se empleaba la suficiente severidad en la elección de los individuos que se dedicaban al ministerio divino, y que frecuentemente no tenían más vocación que puros motivos de interés. El estado eclesiástico era, digámoslo así, el último recurso de los jóvenes que carecían de bienes de fortuna, y en la elección de estado no presidía más que el espíritu de especulación. Un gran número de beneficios se habían hecho casi hereditarios, siendo para ciertas familias una especie de patrimonio que se iba transmitiendo de unos á otros: de aquí resultaba que en estas familias siempre había de haber uno que se dedicara á la Iglesia, á fin de impedir que pasasen á otras manos

estos beneficios de que ellas gozaban.

A esta facilidad en la admisión á las sagradas órdenes, hay que añadir la singular relajación de la educación eclesiástica, cuyos efectos han sido particularmente sensibles en los clérigos que se ordenaron desde cierta época. Cuando en los establecimientos en que se reúne una juventud numerosa no marcha todo al compás de una severa disciplina, bien puede decirse que el desorden está llamando á la puerta; ya no hay aplicación al estudio, ya no hay recogimiento, ya no hay piedad. En tales casos, como era demasiado común algunos años antes de la revolución, se veía á los jóvenes, abandonados casi del todo á sus propias inspiraciones, prepararse á las tremendas funciones del sacerdocio, entregándose á una vida enteramente mundana. ¡Ah! Lejos de aplaudirse de los piadosos trabajos, de los santos ejercicios que les ocupaban en aquel tiempo precioso en que el carácter, las costumbres y los principios se deciden para todo el resto de la vida, solo se les oía hablar de los placeres de la mesa, de las diversiones y del juego que ocupaban casi enteramente las horas más interesantes de su existencia. De este modo se iba con espantosa rapidez debilitando el espíritu sacerdotal, y la Iglesia, perseguida en lo exterior por enemigos furiosos, tenía que combatir en su propio seno la corrupción de una parte de sus ministros.

Ahora bien, si reunimos los diseminados rasgos de este cuadro desconsolador, y consideramos este vasto conjunto de causas destructoras, el progreso siempre creciente de la incredulidad, la espantosa corrupción de costumbres que de él se derivaba, el trastorno de todos los principios religiosos y sociales, el debilitamiento de la disciplina eclesiástica, la fe estinguéndose en el corazón de los pueblos, el celo resfriado y casi estinguído en el de los pastores, el espíritu de independencia y rebelión levantando sus cien cabezas por todas partes, bendeciremos las misericordiosas ven-

ganzas de la Providencia, que previniendo la absoluta ruina de la sociedad por medio de un castigo, ejemplar ciertamente pero justo y necesario, no abandonó un momento la Francia á todos los furiosos de las pasiones, á todos los crímenes de la anarquía, á todos los males, á todos los errores, á la filosofía en fin, mas que para volver á traerla y colocarla más seguramente en las sendas del orden y de la verdad (1). Efectivamente, ¿quién puede decir cuánto tiempo hubiera aun la masa del

pueblo y aun del clero mismo resistido á la irreligión? ¿No hacia esta cada día nuevos prosélitos? ¿No infestaba cada día más y más la educación? ¡Ah! bien pronto la nación entera, presa del ateísmo, hubiera llevado al resto de Europa, con el contagio de sus doctrinas disolventes, todos los azotes, todas las maldades. Si un siglo más hubiera durado la dominación de la filosofía, hubiera acabado con la civilización y tal vez con el género humano.

## LIBRO DUODÉCIMO.

(NONAGÉSIMO SÉTIMO.)

**Desde la apertura de los Estados generales en Francia (1789), hasta la muerte de Luis XVI (1793).**

BASE cumpliendo en Europa la voluntad del Señor que la abandonaba al espíritu de vanas disputas en castigo de su rebelión al espíritu de Dios; pero mientras los ojos de tan grande número de hombres se cerraban en esta parte del mundo á la verdad católica; mientras la herejía jansenista y la incredulidad filosófica combatían con encarnizamiento á la Cátedra de Pedro, ocupada por el modelo de los pastores, las iglesias de Asia y América consolaban el corazón del Romano Pontífice

y prometían á la Religión llenar los vacíos causados por la defección de sus hijos de Europa.

El pueblo de Asia, sobre el que hemos dado más detalles, es la nación Armenia. El patriarca armenio no unido, residente en Constantinopla, obtiene un firmán ó decreto del gran señor en virtud del cual vigila á sus compatriotas en toda la extensión del imperio, debiendo impedirles que abracen el rito de los francos y que frecuenten sus templos. De cuando en cuando solía suscitarse una persecución sobre este particular; pero desde que la Rusia se apoderó del monasterio de Ech-

(1) Reflexiones sobre el estado de la Iglesia durante el siglo XVIII, p. 70-71.



miadzin, donde reside el principal patriarca armenio, se hicieron mas raras las persecuciones en Constantinopla y menos violentas en otros puntos. Cada dia va haciendo el catolicismo progresos entre este pueblo, y estos progresos son particularmente mas visibles en Constantinopla, en Brousa y en Angora. La primera de estas ciudades posee cerca de veinte y cinco mil armenios unidos: estos no tienen iglesias que les sean propias, pero frecuentan las de los europeos. Además de los sacerdotes de esa nacion, que se educan secretamente en Constantinopla, y de los que pasan al monte Libano, en donde existe un monasterio de armenios católicos, vienen tambien algunos á educarse en el colegio de la Propaganda en Roma. Pero el mas célebre establecimiento de este género es el de los PP. mekhitaristas, religiosos del orden de San Antonio, residentes en Venecia en la isla de San Lázaro, que ellos compraron, y alli se dedican particularmente al estudio del idioma armenio literal, para instruir á sus conciudadanos y poder traducir los libros de piedad de las demas naciones.

La denominacion de mekhitaristas les viene de su primer fundador y abad el P. Mekhitar, que habiendo nacido en 1676 murió en 1749. Habiendo abierto los ojos á este religioso el estudio de la historia del cisma y de los escritos de los Padres, abrazó la creencia de la Iglesia católica y se esforzó en hacer conocer la verdad á los que habian participado de sus errores. Con este objeto abandonó la Turquía, pasó al territorio veneciano, se asoció á eclesiásticos de su nacion y formó una congregacion. Establecióse en el convento de la isla de San Lázaro una imprenta armenia, y de ella han salido libros sobre historia, sobre ciencias y particularmente sobre la Religión; libros que luego se ha procurado circulen por aquel pais. Además de los jóvenes que se educan en el monasterio para perpetuar su institucion, admiten los PP. mekhitaristas alum-

nos que deben vivir en el siglo. De este convento se envian religiosos que pasan como misioneros á Constantinopla, y otros para dirigir á sus compatriotas en la Polonia austriaca, en Transilvania y en otros puntos. Una colonia de estos religiosos destacada de su casa principal, se fijó en Trieste para dedicarse á educar á los jóvenes seculares del Levante é imprimir libros armenios, para lo cual tienen caracteres griegos y latinos. Además ejercen las funciones curiales para con sus conciudadanos que el comercio atrae á Trieste; pero cuando la invasion de los franceses se retiraron á Viena. Muchos de ellos van á Turquía á trabajar en la conversion de los armenios no unidos, y en estos últimos tiempos el P. abad de los mekhitaristas residentes en Venecia ha sido promovido al patriarcado *in partibus* de Cis, para que pueda ordenar sin dispensa á los religiosos.

En 1783 apareció una disertacion en idioma italiano, impresa en Venecia en 4.º, para demostrar que la Sede apostólica, que toleraba la comunicacion de los armenios-unidos con los otros para el bautismo, el matrimonio y los funerales, podia por la misma razon y atendiendo á las mismas circunstancias tolerar que se diese alguna limosna al asistir á la misa, á fin de evitar vejaciones. El marqués de Serpos, banquero armenio, presentó á la Propaganda este escrito, que no era produccion suya, sino del P. Marinowich, jesuita, dalmata, que conservó el anónimo y publicó posteriormente, bajo los auspicios del monge Serpos, tres tomos en 8.º que contenian el compendio de la historia de los armenios, empeñándose en disculpar de herejía á los de esta nacion. Semejante controversia llamó la atencion de la facultad de teología de Sena, ó mejor dicho del abate del Mare, que era su miembro mas activo; pues él es quien pasa por autor de la censura dada en 15 de diciembre de 1784 por la facultad, sobre la comunicacion de los armenios católicos con los cis-

máticos. Decidióse en ella que los armenios pueden seguir el antiguo calendario de su nacion; pero que no pueden participar de las oraciones de los cismáticos, ni de su liturgia. Cítanse sobre este particular los principios y la práctica constante de la Iglesia católica. Al fin de este escrito el abate del Mare tuvo cuidado de poner algunas palabras favorables á los jansenistas: efectivamente, hay que advertir que este judío convertido estaba en los intereses de Ricci, y que compuso otras muchas obras, entre otras la de *Praelectiones de locis theologis* (1), que fueron puestas en el Indice por decretos de 3 de diciembre de 1793 y 5 de marzo de 1795. Domingo Stratico, obispo de Lesina en Dalmacia y dominico, declarándose por la causa de Serpos, publicó en 1786 un *Exámen teológico de la censura de la Facultad*, al cual contestó del Mare por medio de los *Principios teológicos para servir de preservativo contra los errores del Exámen* (2). Este escrito está bien redactado: en él se exponen los errores de los armenios y las falsas razones de sus apologistas. Otros folletos anónimos salieron tambien á luz sobre esta materia. A todo esto el Pontífice habia mandado tomar nuevas informaciones; mandó consultar los libros de la Propaganda, y sacó apuntes de las últimas obras impresas de orden del patriarca Zacarias. Despues de haberse enterado de toda esta contestacion, mandó que se escribiese al vicario general apostólico, que nada alterase de los precedentes decretos que prohibian á los armenios católicos asistir al oficio y á la misa de los no-unidos, lo mismo que la recepcion de la Eucaristía por los adultos, y que toleraban los funerales hechos por los no-unidos, el bautismo administrado por ellos y el matrimonio celebrado en presencia de sus sacerdotes. Por otra parte Pio VI, visto el calor de las discusiones, se abstenia de de-

cidir acerca de los libros favorables á la comunicacion.

Continuemos explorando el Asia. La ruindosa gracia que el emperador de la China pensó hacer á los misioneros á fines de 1777 es una circunstancia bastante digna de atencion para que podamos omitirla. Mandó este príncipe á un antiguo jesuita alemán, llamado Ignacio Sikelpart, pasar al interior de su palacio de recreo sin mas objeto al parecer que retocar un cuadro, y apenas hubo llegado, le anunciaron que venia el emperador. El príncipe entró con aire de afabilidad, se acercó al P. Sikelpart que estaba pintando, y aparentando advertir por primera vez que su mano temblaba, le dijo: «Veo que vuestra mano no está firme.»—«No importa, señor, aun me hallo en estado de pintar.»—«¿Qué edad tenéis pues?»—«Setenta años.»—«¿Y por qué no me lo habeis dicho? ¿No sabeis lo que hice por Castiglione cuando llegó á los setenta años? Pues quiero hacer lo mismo en obsequio vuestro. ¿Cuándo es el dia de vuestro cumpleaños?»—«Señor, contestó el P. Sikelpart, mi cumpleaños es el dia veinte de la octava luna (21 de setiembre de 1777).» El emperador se retiró. En el acto se dió á un mandarin orden de pasar á Nang-tang, casa de los antiguos jesuitas portugueses, para saber lo que habia pasado en tiempo de Castiglione y la clase de regalos que el emperador le habia hecho. Segun el estilo del pais la gracia que se concediera al P. Sikelpart debia estenderse á todos los europeos; así es que el P. Spinha, que se hallaba el frente de la casa de Nang-tang, invitó desde el 18 de setiembre á todas las iglesias.

El dia 21 por la mañana pasó el P. So, misionero y procurador de Nang-tang, al palacio de recreo de Hai-tien. Los regalos y todo lo necesario para la ceremonia estaba ya preparado, y al entrar en el palacio se encontró con el príncipe, hijo mayor del emperador, quien le habló amistosamente. Esta clase de

(1) Publicada en 1789.

(2) 1786, un tomo en 8.º



encuentros parecia obra de la casualidad; pero generalmente eran premeditados. El P. So recibió los regalos del emperador, que consistian en seis piezas de seda de primera clase, un traje de mandarin, un gran collar de ágata y otros varios objetos; pero lo mas importante de todo eran cuatro caracteres escritos por el mismo emperador, que contenian un elogio del P. Sikelpart. El misionero, al llevar con sus propias manos por dentro del recinto del palacio los regalos, los mantenía elevados sobre su cabeza en señal de respeto, y habiéndose encontrado con el octavo hijo del emperador, los mandarines que acompañaban al misionero le advirtieron que como portador de regalos del emperador, no debía saludar al Ago (nombre de los hijos del emperador); pero ellos, por su parte, le hicieron los saludos de costumbre. En la puerta del palacio habia ya una especie de dosel, ó nicho abierto por todas partes, y debajo una mesa cubierta de tela de seda amarilla, sobre la cual se colocaron respetuosamente los regalos. Habia tambien veinte y cuatro músicos que tañian ruidosos instrumentos, y ocho portadores, todos vestidos con una hopalanda de seda floreada que es el traje de ceremonia para acompañar ó llevar al emperador. Púsose en marcha la comitiva precediendo los veinte y cuatro músicos; venian despues los cuatro mandarines á caballo, y el dosel llevado por los ocho portadores; cerraba la marcha el mandarin encargado de las órdenes del emperador, llevando á su lado al misionero.

Cinco cuartos de legua hay hasta la puerta occidental de Pekin, por donde se entra yendo de Hai-Tien. Así que los cuerpos de guardia divisaron la librea del emperador, se pusieron sobre las armas y destacaron soldados para que abriesen paso ó hicieran todo el estrépito posible, lo cual en aquel pais se considera como una demostracion honorífica. Mientras que los regalos del emperador iban de este modo, abriéndose paso al través de

una multitud de curiosos, los misioneros de todas las iglesias pasaron á Nan-tang. Los PP. habian mandado levantar una esplanada desde la puerta del colegio hasta el otro lado de la calle, y las puertas estaban colgadas de festones de telas. En el primer recinto se habia formado una pequeña separacion para las gentes de la comitiva. Despues de entrar en el segundo patio ó recinto, se veian cuatro divisiones ó salas: la primera era para los músicos, estaba construida con esteras, pero con tantas coladuras y adornos, que hacia un vistoso efecto. De este salon se subia á otro, en el que se habia dispuesto un banquete sobre cuatro mesas. Descendíase á otro recinto que era una especie de patio que separaba los dos grandes cuerpos del edificio, y en aquella actualidad representaba una morada campestre. Veíanse á derecha é izquierda frondosos árboles y adornos cuyo mérito solo consiste en el buen gusto de su colocacion. Por último, se llegaba á la última y mas hermosa sala del colegio, adornado en otro tiempo por Castiglione con dos magnificas pinturas, cuyos asuntos eran: Constantino Magno á punto de vencer, y Constantino vencedor y triunfante. A los lados se veian dos perspectivas que engañaban la vista, y el techo era tambien muy hermoso. En medio de este salon habia un dosel ó una especie de nicho en que se habian de colocar los regalos.

A cada instante llegaban mensajeros anunciando á qué distancia se hallaba el convoy: á cosa de las nueve se dijo á los misioneros que ya podian salir á recibirlo. Todos estaban vestidos en traje de ceremonia como para recibir al emperador. Al acercarse la comitiva, hincáronse de rodillas según el ceremonial chino, del cual no se librán ni los principes de la familia Real ni los reyes estrangeros, cuando el emperador les otorga un favor por el estilo. Entonces vieron con intima satisfaccion que el dosel, bajo que venian los regalos, ostentaba una cruz en su cúpula. Cuando llegó

se pusieron en pié para ir acompañándolo. Así fueron marelando todos juntos hasta la puerta del último salon yendo delante el dosel, entonces el mandarin tomó respetuosamente los regalos de encima de la mesa y los colocó con la misma ceremonia en el nicho preparado para ello.

Todos los europeos, es decir, todos los misioneros que se hallaban presentes se pusieron de rodillas y tocaron tres veces con la frente en tierra, volviendo á levantarse en pié y á repetir la misma ceremonia hasta nueve veces, que es el mayor ceremonial que suele hacerse en aquel pais. En seguida saludaron al mandarin que presidia la ceremonia, tomándole según costumbre las dos manos, y le condujeron á la sala del banquete. Desde luego les preguntó si habian venido de todas las iglesias: respondiéronle que sí, y mostrándose satisfecho tuvo con los misioneros las atenciones de costumbre, que consisten en preguntar el nombre, edad, ocupacion y patria. Tomóse el té, y despues el mandarin dijo que tenia que volver á decir al emperador el modo con que le habian recibido. Es preciso, añadió, que Sikelpart me siga para dar gracias al emperador, lo cual no puede diferirse hasta mañana. Lo que en tales casos se acostumbra, es dar las gracias por escrito: el mandarin quiso verlo y lo alabó. Al dia siguiente el emperador pasó á Jou-y-koan, sitio del palacio en que trabajaban los misioneros: estaba de buen humor y preguntó muchas veces al P. Sikelpart si se hallaba bien. La gracia que el emperador le habia hecho no se otorgaba mas que á los grandes y no se hubiera comprado por millones. En aquellos momentos habia una circunstancia que la hacia aun mucho mas preciosa á los misioneros, pues se hallaban reunidos en Pekin diez mil letrados que habian venido de todas las provincias para ser promovidos á un grado superior, y estaban destinados á ser en su dia mandarines en las diversas ciudades de la China. Esperá-

base que, habiendo estos presenciado las bondades que el emperador habia tenido con los misioneros, se abstendrian de emprender nada en lo sucesivo contra la Religion y contra los neófitos.

Sin embargo, estaban muy lejos los misioneros de quedar á cubierto de la persecucion: prueba de esto son los tormentos que sufrió el P. Gleyo, cuyo doloroso encarcelamiento duro ocho años, y cuya libertad, debida á la intervencion de los antiguos jesuitas de Pekin, no se verificó hasta el 1777 por una especie de prodigio.

Esta persecucion no fué mas que individual, pero se suscitaron otras que tuvieron otro carácter mas general. Así es que habiendo sido arrestados en 1784 cuatro misioneros de la Propaganda, delatados por un apóstata, los chinos se imaginaron que los cristianos podian hallarse en inteligencia con los mahometanos insurreccionados, que en aquellos momentos hacian guerra al imperio. Trataronlos, pues, con rigor; hiciéronse rigurosas pesquisas, y de sus results fueron encarcelados muchos fieles. Los gobernadores de provincia nada omitian para apoderarse principalmente de los misioneros.

Desgraciadamente algunas cartas interceptadas, y las revelaciones de algunos criados á quienes se habia aplicado el tormento, descubrieron el secreto de las misiones y los medios que se empleaban para que los sacerdotes pudieran penetrar y repartirse por las diferentes provincias del imperio. Algunos de estos habian sido ya apresados y se les habia hecho pasar á Pekin. Entre los que desde el principio cayeron en manos de los perseguidores, contábanse tres obispos, que eran Magi, Saconi y Saint-Martin, obispos de Miletópolis, de Domitópolis y de Caradre, los dos primeros eran italianos y el último francés, el cual sobrevivió á sus colegas, que fallecieron en la prision. Tambien fueron arrestados otros misioneros europeos y chinos.